

Martes XXXIII del TO  
Ciclo A



21 de noviembre de 2023

2Mac 6, 18-31

Sal 3

Lc 19, 1-10

P. Eduardo Suanzes, msps

Ahora, después del ciego en el camino del día de ayer, Lucas nos presenta a otro indigno social: Zaqueo, jefe de publicanos. Si los publicanos eran indignos y socialmente rechazados, a éste, que es uno de sus jefes, el desprecio de la gente le cae encima sin piedad. Esa gente que le desprecia, no le deja ver-acceder a Jesús (como aquellos que querían callar al ciego en el camino) porque no es digno de acercarse al «maestro» ni de molestarle: es un pecador jefe de pecadores; su baja estatura es toda una metáfora más profunda. Decide subirse a un árbol «para ver» a Jesús.

Comienzo la reflexión con un detalle. Fíjense en lo que Jesús le dice a Zaqueo al verlo ahí encaramado: «**hoy tengo que quedarme en tu casa**». La frase muestra la necesidad de Jesús por «**quedarse**» con él. El griego original es un poco más explícito: «**es necesario que me quede en tu casa**». A veces no pensamos lo suficiente en este aspecto del amor de Jesús: somos para él una necesidad; es él quien nos busca con urgencia. Cuando pensamos que estamos realizando un camino de encuentro impulsados por nuestro deseo, Jesús ya se nos ha adelantado queriendo quedarse con nosotros, en nuestra intimidad, en nuestra vida, en nuestra casa. Su deseo es anterior y ha sido incomparablemente *pintado* por Juan de la Cruz al describir a Jesús como aquel ciervo herido que busca satisfacer su *ansia* de beber en la fuente de nuestro corazón. Hemos sido creados por el deseo de Dios y su sed no encontrará descanso hasta que estemos de nuevo íntegramente con él. El deseo de Jesús rompe los moldes de nuestra razón: nada ni nadie le parará hasta entregarse definitiva y totalmente en Jerusalén. Diría que nuestra respuesta cabal sería hacernos discípulos del Deseo de Jesús<sup>1</sup>.

En esta nueva escena<sup>2</sup> se entremezcla la acción de Jesús (juzgada como des-honrosa), con una profunda enseñanza sobre el seguimiento y el acceso al reino de Dios. En efecto, todo comenzó unos episodios antes con aquel magistrado rico que no sigue a Jesús y que **no comparte sus bienes**. Ahora, antes de llegar a Jerusalén, como pórtico de entrada, se nos relata esta escena del publicano rico que **sí comparte sus bienes**. Todo está fríamente calculado para Lucas. Como marcan la primera y última historia de este conjunto de relatos, toda esta serie gira en torno a compartir o no los bienes (riqueza, dinero, cosas), sobre la comprensión de las propuestas de Jesús para optar ante la disyuntiva riqueza-pobreza,

---

<sup>1</sup> Cfr. XAVIER QUINZÁ LLEÓ. *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 2002

<sup>2</sup> Cfr. SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico. Las comidas-encuentros de Jesús. Comida con Zaqueo: el tener y el ser en juego*. Parroquia Guadalupe de Madrid.

donarse-conservarse, perder-ganar. ***La clave radica en el ver o no ver lo que Jesús está proponiendo y aceptarlo o no aceptarlo en la vida propia.***

Zaqueo no «dice» nada, ni usa palabras retóricas, pero «habla» con su ser, con sus actos. Zaqueo habla con su cuerpo que busca. Como el ciego de ayer, quiere «ver», quiere encontrarse con Jesús. Zaqueo «mueve su cuerpo» y no se queda en la retórica pasiva de las palabras porque realmente quiere implicarse (como se implican los que llevan al paralítico, que suben y abren el tejado). Y, cuando es llamado, sale de su sitio marginal (como el ciego) y se encuentra con Jesús. Zaqueo se implica vitalmente con Jesús y la aceptación de su propuesta: *«lo recibió muy contento»*.

Acepta la propuesta de Jesús (lo recibió *«en su casa»*, es decir, en su ámbito, en su ser), confía en Jesús (fe) y sabe ver en su propuesta otro modo de vivir que está por encima del apego a las cosas. Ese es su paso, su salto, su conversión (fe activa). Otros se enteran, pero no lo «ven», no se implican-identifican, y no dan el paso, se quedan callados, tristes y parados (como el magistrado rico que no lo siguió, de un par de episodios anteriores), no se van a comer con Jesús, no tiene lugar ese «encuentro» que simbolizaría la comida en su casa. Zaqueo sí puede recibir a Jesús en su casa. Es significativo que, cuando ya están dentro de la casa, a Zaqueo no se le pide nada. Aparece, de repente, diciendo lo que él está dispuesto a hacer. Su acción es una espontánea decisión personal que surge de su encuentro con Jesús. El encuentro, la comida inclusiva que surge por iniciativa de Jesús (como en la primera escena con los publicanos y pecadores), suscita el amor, el desprendimiento, y la salvación.

Zaqueo tiene dinero, sí, pero carece de «estatus», de rango. «Tiene» mucho (es rico) pero «es» poco, es un pecador, un indigno a los ojos de la Ley (su baja estatura es símbolo de su bajo estatus socio-religioso). La irrupción de Jesús en su vida le enseña que ***«abajando» su «tener» conseguirá «aumentar» su «ser»***. Por eso hace la proclamación de su conversión *«puesto en pie»*, lo que indica su dignificación como persona. Y muestra cuál es su paradójico camino de crecimiento y de salvación: para crecer me parto en dos, me duplico en donación: *«doy la mitad de mis bienes a los pobres »* y restituyo *«cuatro veces»* a quien haya estafado.

Zaqueo quiere ver a Jesús, lo que no esperaba era el ser mirado por él. Y de la mirada a la palabra, y de la palabra a la invitación, y de la invitación a la confesión y de la confesión a la declaración universal: *«El Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo perdido»*.